

Conversatorio Remedios Zafra, Marta Labad y María Ruido

Conversation Remedios Zafra, Marta Labad and María Ruido

Remedios Zafra
 Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas
 remedios.zafra@csic.es
 ORCID: 0000-0002-5216-9743
 Marta Labad
 U-tad. Centro de Tecnología y Arte Digital
 marta.labad@gmail.com
 ORCID: 0000-0003-0010-534X
 María Ruido
 Universidad de Barcelona
 lopezruido@ub.edu
 ORCID: 0000-0002-5950-5244

<https://doi.org/10.57149/re-visiones.12.14>

Como colofón a este número dedicado al trabajo contemporáneo y a los tiempos, cuerpos y subjetividades que los empleos y trabajos construyen en nosotros y nosotras, las editoras conversamos con la escritora, ensayista y profesora Remedios Zafra, relevante especialista en cuestiones referidas al trabajo, especialmente en el ámbito cultural, el territorio de las redes y el ciberespacio, y delicada diseccionadora de el coste psíquico y físico que el mundo laboral tiene para todos nosotros, pero muy especialmente para las mujeres.

Con una perspectiva de género y clase, Remedios Zafra nos hablaba ya en *El entusiasmo* (publicado por Anagrama en 2017) de los peligros de la "vocación", de la triste falacia de la "realización personal" ligada a los trabajos del sector académico, artístico y cultural, y de la auto-explotación y precariedad que subyacen a casi todos ellos; y reafirma en *Frágiles* (Anagrama, 2021) nuestra fragilidad y condición precaria ante el capitalismo cognitivo abriendo, al mismo tiempo, una puerta de esperanza a la articulación política y al reconocimiento de las facturas que esta nueva etapa del capital deja en el

cuerpo del cognitariado, en nuestros cuerpos, como siempre lo ha hecho en los cuerpos proletarios.

El 14 de octubre, y tras varios intentos de cuadrar agendas complejas, hablamos con Remedios Zafra a través de la pantalla, de esa pantalla que nos ha mantenido conectadas en nuestras habitaciones propias desde hace ya años. Queremos aclarar que el sonido de la charla no siempre es bueno y sufre de algunos cortes, pero hemos decidido mantenerlo así, frágil y precario, porque envuelve perfectamente nuestras palabras y líneas de conversación. Con ella hablamos de trabajo cultural y de la trampa de la explotación propia, de la representación de trabajos que apenas se consideran como tales, del continuo vida-cuidados-trabajos-empleos, de la fragilidad y las enfermedades que nos provoca este sistema y, en definitiva, de las contradicciones de poder seguir teniendo capacidad de intervenir en los discursos e imaginarios públicos siendo fieles a una perspectiva feminista interseccional y poder seguir teniendo una vida más allá del cuarto conectado.

Por ello, hemos ilustrado esta conversación con fotos de nuestras respectivas casas-oficinas y hemos completado esta sección con una carta, fragmento del libro *Frágiles* de la propia Remedios y la editorial Anagrama nos ha cedido para su reedición.

Queremos despedirnos agradeciendo a Remedios Zafra su tiempo, sus palabras y su cuidado, y dando las gracias también a los y las "escuchadoras" de esta conversación tan pública pero tan íntima, apelando a vuestra comprensión con las carencias técnicas propias de este mundo de conexiones sin carne pero estando casi seguras de que nuestras palabras atravesarán vuestros cuerpos.

Audio Remedios Zafra:

<http://re-visiones.net/audio/entrevista-Remedios-Zafra.m4a>

Fragmento de FRÁGILES. CARTAS SOBRE LA ANSIEDAD Y LA ESPERANZA EN LA NUEVA CULTURA. Remedios Zafra, Anagrama, 2021, pp. 250-256

Trabajos para ser felices y deslealtad de *outsiders*

Debemos apagar el burdo resplandor del anuncio y de la publicidad, (...) La próxima vez que usted vaya en automóvil por un camino en el campo, piense en la actitud del conejo encandilado por la luz de sus faros, con sus ojos vidriados, rígidas las patas. ¿Acaso no hay buenas razones para creer, (...) que las «actitudes», las falsas e irreales posiciones adoptadas por el ser humano, (...) se deben a los faros que paralizan la libre actuación de las facultades humanas e inhiben la humana capacidad de cambiar y de crear nuevas entidades completas, de la misma manera que los potentes faros del automóvil paralizan a los menudos seres que caen de la oscuridad a su luz?

VIRGINIA WOOLF, *Tres guineas*

Querida amiga:

Ciertamente, cuando un foco de luz nos encandila la respuesta es inmediata. Una se ciega por la divina emanación luminosa, a lo sumo entorna los ojos y se queda paralizada como ese conejo de ojos vidriosos ante el coche. El foco enciende una posición estereotipada y cualquier vida mínimamente compleja respondería de manera similar ante el dios brillante. Es lo que cabe esperar frente a quienes manejan luces capaces de cegar u obnubilar, así como pasa con las herramientas de poder e influencia, limitando los tiempos de reacción y la capacidad de cambio. De aquello escrito por Virginia Woolf, recuerde que, frente a la posición de poder y riqueza, dominio bélico y patriarcal, presentada como «natural» cabría posicionar a las *outsiders*, las que están fuera de esa sociedad de poder. Su sugerencia nos sigue valiendo también para advertir que, si los primeros se sirven de medios enfáticos como campañas, grandes nombres, congresos, así como de las medidas públicas que sus riquezas promueven, las *outsiders* hacen «experimentos», habitualmente en el espacio privado. Pero no olvide que ese espacio antes solo privado ha sido transgredido con Internet. Las personas *outsider* están solas y conectadas en casa, hablamos, estamos juntas. Esa potencia *outsider* nos insta a experimentar en la esfera que antes era solo privada, buscando desmontar la centelleante felicidad mercantilizada alrededor de las vidas trabajo. Ya sabe, recuperar (recuperarnos) a los «amargados» o críticos de la cultura, aquellos que se sienten desvinculados de «las lealtades irreales». Para este cometido le propongo comenzar pensando en eso que entenderíamos como «trabajos felices». La imagino irónica sentenciando que no existen trabajos felices, mientras piensa que tiene una clave que rebate dicha afirmación.

Porque reconozcamos, por ejemplo, la felicidad que el trabajo de la escritura nos ha proporcionado a nosotras, o las que la interpretación dramática, el poema punki, el concierto, el cómic sobre aquello de lo que no se habla, el experimento sin testigos, el guión para la nueva serie, el estudio científico, una vacuna en sus últimas fases, la tesis en su cierre, el cartel multiplicado o lo que esa práctica imaginativa y desdibujada proporciona a los trabajadores creativos. Si entendemos la felicidad como un gradiente y no como un absoluto, claramente nos sentiríamos sencillamente más felices pasando más tiempo en esos trabajos que sabemos hacer y nos gustan. Pero habitualmente están sujetos a la inestabilidad y a los tiempos mínimos, como si el encaje fuera un exceso para favorecidos que hace vivir a la mayoría como buscavidas apremiados.

Si el trabajo implica en su concepto ser una práctica *pagada*, pienso si acaso un «trabajo feliz» no sería solamente un trabajo placentero sino también un «buen trabajo» en tanto trabajo justo. Puestos a especular, justo para quien trabaja y para la comunidad, sean quienes contratan, quienes se benefician de ese trabajo como quienes forman parte de la sociedad donde nacen y se transforman los trabajos. Hablando de esa justicia deseada, el buen trabajo sería bueno no solo para quien lo ejerce. Ese buen trabajo debería contribuir a ayudarnos en la vida. Pero, ¿ayudarnos a qué?, ¿a acumular cosas?, ¿a ser más productivos?, ¿a vivir sin queja?, ¿a lograr dinero para consumir más? Incluso contemplando que los trabajos debieran ayudarnos a vivir mejor, no encuentro felicidad llevada por la conciencia que no venga adelantada por un grado necesario de crítica e inconformismo, de pregunta «¿Por qué ese sí y yo no?» Pero también, «¿por qué yo sí y

ese no?». Y me parece que en esta cuestión solidaria no hay forma de poder más clara que la que hoy se empeña en orientar determinado tipo de trabajo bajo determinado modelo de felicidad.

Le traigo algunos de los ejemplos que Sara Ahmed¹, apoyándose en los estudios feministas, *queer* y negros, identifica cuando hablamos de relatos de felicidad y formas opresivas. Por ejemplo, los relatos del «ama de casa feliz», la crítica negra del mito del «esclavo feliz» o la crítica *queer* de la sentimentalización de la heterosexualidad en términos de «dicha doméstica». En ellos no pasa desapercibido cómo determinados modelos conservadores de poder se afanan por describir a las personas críticas con estos relatos como personas «infelices» o incluso «amargadas».

Fácilmente encontraríamos en ese grupo a feministas, inmigrantes, activistas y a toda una familia inconforme de investigadores y creadores *outsiders* que aquí nos interesan. Su identificación conservadora no pretendería sino acotar un lugar disuasorio y poco deseable para quienes merodeen dichas identidades. Recuerde que dichas identidades están muy presentes y diría que *protagonizan* el trabajo creativo e intelectual más comprometido, el posicionado políticamente. Pero volviendo a la *felicidad*, ¿no cree que al igual que pasa con la *creatividad*, la felicidad es hoy una de esas palabras fetichizadas como reclamo, recurrentes y manoseadas como atractor publicitario de los estilos de vida? Ambas adornan eslóganes, proyectos, presentaciones y objetivos de la cultura neoliberal. La creatividad se pide y se adelanta

como descriptor de un contexto de trabajo, como cualidad presupuesta en el trabajador, mientras la felicidad se anuncia como destino, como propósito que moviliza.

Escuchamos cada día: «sé creativo» o «busca tu felicidad». A fuerza de reiterarlas pareciera que su invocación fuera suficiente allí donde compramos y vendemos producto con envoltorio y entre novedosas aplicaciones, confiando en que el título corresponda con el contenido. «Pollo» dice en letras grandes un envase refrigerado en el supermercado, como ese otro dice «Trabajo creativo». Y ni siempre hay «pollo» ni el trabajo es creativo, a veces el trabajo ni siquiera es *empleo*.

Incluso aceptando que la *felicidad* es un invento cultural fruto de «un consenso», también es efecto de las intersecciones del poder y sus escaparates. Un consenso sostenido, sugiere Ahmed, por disciplinas científicas como la historia y la psicología, la política social, la economía o la arquitectura, que incluyen la felicidad como «indicador de progreso»². Es bajo esta lógica que, en tanto consenso, la felicidad es acordada como lo deseable para una mayoría, acompañando inevitablemente la manera en que la felicidad escolta a determinados modelos de vida y no a otros, uniéndose a opciones vitales y laborales relacionadas con ideas o cosas que parecen investidas de «felicidad»: matrimonio, familia, casa, dinero, trabajo, amor... De forma que lograr (o acercarnos) a estas cosas o a establecer relaciones con ellas pareciera ponernos en su camino.

La instrumentalización de la felicidad permite rediseñar pautas sociales, favoreciendo

determinadas políticas de la ilusión que empujan a las personas a vivir conforme modos concretos, a sentir como deseable algo predefinido y propuesto. Es decir, algo que se disfraza de *elección* después de haberlo alentado como *deseable*. Ya sabe, presentar como ambicionado lo que un determinado poder quiere normalizar.

Como era de esperar y en sintonía con las vidas cuantificadas de ahora, los estudios contemporáneos sobre la felicidad vienen además apoyados por investigaciones que afirman «medir» la felicidad. Toda medición implicaría un desglose en categorías para operacionalizarla y establecer umbrales que favorezcan de algún modo «empaquetarla» y, cada vez más, comercializarla como motor de vida y futuro. Se contribuye así a organizar las industrias que en torno a la *felicidad* hoy se prodigan buscando enfrentar la ansiedad y el malestar. En esta línea, no extraña que empresas, países y organizaciones compitan para ofrecer valores más altos de felicidad buscando atraer a consumidores de sus formas de vida a través del turismo, en tanto productos vendibles (aun cuando esos bienes son y serán cada vez más volátiles por las pandemias y el cambio climático), productos en los que aspiran a sostenerse cuando no tienen otros modos productivos estables apoyados, por ejemplo, en ciencia y en industrias innovadoras. «Venga aquí, tenemos buen clima y somos un lugar feliz». La lógica que moviliza estas industrias está, claramente atravesada por intereses sociopolíticos y económicos que se apoyan también en un imaginario construido por la clase creativa (hay dependencia en este círculo).

Usted lo sabe bien pues los medios en los que como periodista trabaja son los princi-

pales valedores de los resultados de las investigaciones o campañas que racionalizan y promocionan la felicidad como algo planetario y global, pero no se esfuerzan en recordar que lo hacen con criterios culturales que nacen en el mundo occidental y bajo fuerzas neoliberales. Los criterios, ciertamente, son modificables, y bajo el cartel de felicidad pueden ajustarse a vender tanto modernos mundos urbanos, viajes infinitos, o tranquilos contextos rurales al borde de la despooblación. Solo cabe enfatizar lo que en cada momento interese ser promocionado y rentabilizado.

En su dinamismo hay un poder de intervención social que nos implica a todos como parte del juego. De manera que, por ejemplo, en épocas de conflictos latentes se puede recordar a los pobres o a los precarios que los ricos también lloran y enferman, que hay cosas que como pobres les pertenecen y compensan su resignación, como si sentirse felices fuera la ganancia que a los marginados del sistema se les otorga por mantener la paz social y seguir siendo productivos. No tiene dinero y tiene un mal trabajo, pero es feliz con lo que tiene. ¿Ha observado cómo las personas más sumisas suelen aparecer con frecuencia como personas premiadas con el veredicto de la felicidad? ¿Ha advertido además que en el tiempo de invocación de la creatividad predomina la *copia*, y en el que publicita la felicidad como producto predomina el *malestar*? Ambos se entrelazan como motor de la impostura sobre la que reflexionábamos anteriormente. Toca entonces preguntarse ¿qué dificultades para la resistencia a cambiar un imaginario y modelo de vida vivible nos encontramos cuando la factoría capitalista del éxito se apropia del trabajo creativo y de una felicidad acotada al modelo más beneficioso para dicha facto-

¹ Ahmed, *op. cit.*, p. 22.

² Su base disciplinar se funde en el *utilitarismo inglés* y su consigna de buscar «la mayor felicidad para el número mayor de personas», del que Jeremy Bentham, figura clave para el trabajo de Michel Foucault, es uno de los máximos referentes. Para el *utilitarismo inglés* la búsqueda del mayor número y grado de felicidad se vincula al *progreso*. Cuestión que ya Durkheim criticó a principios del siglo xx.

ría? Creo que para comenzar esa resistencia, tendríamos que vencer el encandilamiento de los focos del poder, entre proclamas y estilos de vida construidos como mundos deseables. Descubrir lo que hay detrás del decorado genera que para los trabajadores *outsiders* esa felicidad siempre sea convenida y contradictoria, porque se desvela en función de lo que «venda» para no chocar con los motores capitalistas. Motores que tanto gritan: «triunfa, produce, acumula cosas, compra, gana dinero, adelgaza, come, produce más...», como animan a calmar al inconforme: «tranquilo, no sufras, sé feliz» aplacando su posible levantamiento con entretenimiento, dependencias y tranquilizantes. Diría más, para los *outsiders* la felicidad sería un producto que busca venderse pero que (ellas saben) en su esencia no puede comprarse. Por estas razones, no debería generarles ninguna lealtad con las fuerzas que la promueven ni, tampoco, hacerles confundir con algo negativo el imprescindible *malestar* que implica el autoconocimiento y una existencia verdaderamente asumida en la cohesión comunitaria.

Con afecto, R.

